

Prieto, Andrés I.: *The Theologian and the Empire: A Biography of José de Acosta (1540–1600)*. Leiden, The Netherlands: Brill, 2024. 412 pp.

Francismar Alex Lopes de Carvalho
Universidad del Estado de Río de Janeiro
E-mail: francismardecarvalho@gmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6172-3363>

<https://dx.doi.org/10.5209/rcha.99121>

Esta notable biografía intelectual escrita por Andrés I. Prieto sobre el padre jesuita José de Acosta (1540-1600) promete consolidarse como la obra de referencia sobre este destacado personaje de la historia del mundo ibérico en el siglo XVI. Fruto de una investigación rigurosa y un análisis equilibrado, el libro desmonta afirmaciones exageradas que han rodeado la figura de Acosta y sobresale por su perspicaz exploración de los complejos aspectos políticos y teológicos que marcaron los escritos de este influyente jesuita.

Profesor asociado en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Colorado Boulder, Prieto ofreció en *Missionary Scientists* (2011) un análisis estimulante sobre cómo los jesuitas adaptaban prácticas locales para generar conocimiento. Su biografía de Acosta se suma a otras destacadas obras sobre este personaje, como las de Lopetegui (1942) y Burgaleta (1999). Sin embargo, lo que realmente la diferencia es su diálogo con estudios más recientes sobre los conflictos políticos en los que los jesuitas se vieron involucrados durante el período, como el de Jiménez Pablo (2014).

El libro se divide en tres partes. La primera aborda el período de formación de Acosta, que representa el 14,78% del contenido (excluyendo la bibliografía). La segunda parte, centrada en sus años en el Perú, abarca el 46,77%. La tercera se enfoca en su carrera diplomática tras su regreso a España, comprendiendo el 31,74%. Así, casi la mitad del libro se concentra en las actividades de Acosta en el Perú, pero también se le otorga un énfasis considerable a su carrera diplomática, que el autor considera clave para entender su rol como agente político del imperio. En contraste con interpretaciones previas que presentaban a Acosta como un desobediente de las directrices de la Compañía de Jesús, el autor examina cómo logró armonizar las contradicciones entre sus roles de teólogo jesuita y operador político de la Corona.

Una característica central de esta biografía es su enfoque en la participación de Acosta en los debates políticos de su tiempo. Mientras Lopetegui lo veía como un teólogo conservador y Burgaleta como parte del humanismo teológico, Prieto resalta su actuación como una especie de ideólogo del imperio español, participando, por ejemplo, tanto en la reorganización del Perú colonial bajo el virrey Francisco de Toledo (1569-81) como en la implementación de los dictámenes tridentinos en la evangelización americana. El análisis del viaje diplomático de Acosta a Roma en 1592, como agente de Felipe II, es clave. Prieto lo interpreta no como un acto de desobediencia al general de los jesuitas, sino como una continuación de su apoyo a la monarquía, presentando a Acosta como un intermediario entre el poder político y la Iglesia y defensor de la colonización como estructura indispensable para expandir la fe cristiana.

Los primeros dos capítulos analizan la formación de Acosta, la vinculación de su familia con la Compañía y la posible condición de conversos de los Acosta. Se destacan sus estudios en

Coimbra y Alcalá de Henares, su formación en los ejercicios espirituales de Loyola y la influencia del tomismo en su pensamiento. Profesor en Ocaña y Plasencia, se destacó como predicador y teólogo tomista. El tercer capítulo lo presenta en el Perú a los 30 años, no como misionero, sino como teólogo y agente político, y aborda las reformas del virrey Toledo, especialmente sus reducciones, que configuran el escenario en el que Acosta actuará en los capítulos siguientes.

El Capítulo 4 trata el proceso inquisitorial sufrido por el dominico Francisco de la Cruz (1574-76), un momento crucial en la carrera de Acosta. Este juicio debilitó la influencia de Bartolomé de Las Casas en el Perú, ya que de la Cruz sostenía que los indígenas podían tener un conocimiento imperfecto de Dios antes de la llegada de los españoles. Acosta, en su rol de “calificador” del Santo Oficio, rechazó esta postura, defendiendo que los indígenas debían profesar una fe explícita. Este tema se refleja en su obra *De Procuranda Indorum Salute* (1589), en la que se opuso a la adaptación de los ritos indígenas a la fe cristiana, insistiendo en la enseñanza gradual de la doctrina cristiana.

En el capítulo 5, se destaca el período entre 1575 y 1578, cuando Acosta se convirtió en provincial de los jesuitas en Perú. Durante este tiempo, Acosta reunió el material para sus obras más importantes, como *De Procuranda e Historia natural y moral de las Indias* (1590). En *De Procuranda*, Acosta aborda temas fundamentales como la evangelización de los indígenas, rechazando la idea de su inferioridad natural y justificando la necesidad del dominio colonial para propagar el evangelio. Además, defiende la pragmática relación entre *charitas* y *cupiditas* en el contexto colonial, argumentando que la explotación económica, como la mita, era necesaria para financiar la evangelización. A pesar de la censura que sufrió el libro, las propuestas de Acosta influyeron en la política oficial del Tercer Concilio de Lima.

El capítulo 6 analiza las actividades de Acosta entre 1577 y 1581, destacando su papel como provincial y su éxito como profesor. Durante este período, enfrentó tensiones con el virrey Toledo, quien intentó restringir la educación fuera de la Universidad Real de San Marcos, lo que afectó a los colegios jesuitas. En ese contexto, el jesuita Luis López, autor de escritos contra el virrey y la dominación española en las Indias, fue condenado por la Inquisición. Acosta, por su parte, se alineaba firmemente con los derechos de la monarquía y con la campaña de Toledo contra los lascasistas en el Perú. Fue también en este período cuando escribió *De temporibus novissimus* para refutar las doctrinas milenaristas de la Cruz. Su provincialato consolidó la presencia jesuita en el Perú y expandió su labor educativa.

El capítulo 7 se centra en el Tercer Concilio de Lima (1582-1585), donde José de Acosta jugó un papel clave en las reformas eclesiásticas del Perú colonial. Acosta fue crucial en la implementación de las políticas del Concilio de Trento en América, elaborando textos fundamentales como catecismos, confesionales y sermones. Su enfoque en la evangelización buscaba adaptar el cristianismo a las realidades indígenas, pero sin comprometer la fe. A diferencia de intelectuales mestizos como Blas Valera, que defendían la preservación de elementos culturales indígenas, Acosta consideraba la cultura nativa idolátrica y abogaba por una transformación cristiana total. El Tercer Concilio Limense implementó reformas dirigidas a lograr una uniformidad religiosa y cultural, tales como la prohibición de la inclusión de mestizos en el clero y la imposición de una homogeneidad tanto en la doctrina como en los ritos católicos transmitidos a los indígenas.

El capítulo 8 aborda el proceso de escritura de la *Historia Natural y Moral de las Indias* (1584-1589) en el marco de dos controversias clave que influyeron en el pensamiento de Acosta. Acosta refutó la propuesta de Alonso Sánchez de emplear la violencia para evangelizar China, argumentando que no era apropiada para sociedades organizadas. Prieto resalta la influencia del tomismo en el pensamiento de Acosta y examina su postura en la disputa teológica entre los dominicos, conocida como la controversia *De auxiliis*, sobre la gracia y el libre albedrío en la salvación. A diferencia de otros autores, Prieto interpreta la *Historia Natural y Moral* no como un tratado de historia natural, sino como una reflexión teológica que justifica la violencia colonial como parte de un plan divino para expandir el cristianismo. La visión providencialista de Acosta se refleja en su concepción de la dominación española como un designio divino, considerando los metales preciosos de las Américas como un “dote providencial” destinado a atraer a los colonizadores y

llevar la salvación a los “bárbaros” de aquellas tierras, a quienes clasificaba, en su mayoría, entre aquellos sin gobierno que debían estar bajo el mando de un príncipe cristiano antes de ser evangelizados.

A partir del capítulo 9, el autor analiza el período en que Acosta, ya de regreso en España desde 1587, se involucró en conflictos políticos tanto dentro de la Compañía de Jesús como entre esta y la monarquía española. En ese momento, Felipe II buscaba controlar las órdenes religiosas, especialmente a los jesuitas, utilizando la Inquisición. Acosta inicialmente logró transmitir el designio del general Claudio Acquaviva para evitar que los jesuitas estuvieran sujetos a una visita externa en España. Sin embargo, al ser enviado por Felipe II a Roma en 1592 para presionar al Papa y convocar una congregación general para reformar la Compañía, enfrentó una creciente oposición, especialmente de Acquaviva. El capítulo resalta el surgimiento del movimiento “memorialista” entre los jesuitas españoles, quienes enviaron textos críticos sobre el gobierno del general, muchos de ellos posiblemente escritos por conversos.

El capítulo 10 se centra en el periodo crucial de la vida de Acosta entre 1591 y 1600, destacando su papel en la Quinta Congregación General y su conflicto con Acquaviva. Resentido por no haber sido nombrado provincial, Acosta apoyó la convocatoria de la congregación, argumentando que esto evitaría la expulsión de los jesuitas de España. Prieto incluso documenta los detalles del viaje de Acosta a Roma, durante el cual intentó evitar a Acquaviva. No obstante, su alineación con Felipe II tensó aún más la relación, al punto de que Acquaviva dificultó la publicación de algunas de sus obras. Aunque recibió protección en ciertos momentos, como su nombramiento como rector en Salamanca, la relación continuó deteriorándose, y Acosta temió represalias. Murió poco después del fallecimiento de Felipe II, al finalizar su rectorado y sin perspectivas de un nuevo cargo.

En el Epílogo se destaca cómo la figura de Acosta continuó siendo objeto de controversia, especialmente entre los historiadores de la Compañía de Jesús. Su obituario lo presenta como un devoto servidor de Dios dedicado a la expansión del evangelio, incluso colaborando con la Inquisición, pero omite su conflicto con Acquaviva y su participación en la congregación de 1593. Nieremberg lo excluyó de *Varones Ilustres de la Compañía*, mientras que Astrain lo describió como ambicioso y desleal. Prieto concluye, sin embargo, que Acosta fue, ante todo, un operador político que defendió el imperio español para impulsar la evangelización en las Américas. Operador político, sí, incluso como diplomático, pero siempre con un enfoque teológico. En sus escritos, el poder se orienta desde una perspectiva religiosa, providencialista y tomista.

Aunque el libro podría beneficiarse de una cronología de los acontecimientos más relevantes de la vida y obra del biografiado, como es habitual en este tipo de obras, ello no disminuye su valor. Esta nueva biografía de Acosta se consolida como una obra de referencia esencial para comprender a este influyente jesuita del siglo XVI, al explorar de manera brillante los complejos aspectos políticos y teológicos que definieron su legado.

Referencias bibliográficas

- Burgaleta, Claudio. *José de Acosta, S.J. (1540–1600): His Life and Thought*. Chicago: Jesuit Way, Loyola Press, 1999.
- Jiménez Pablo, Esther. *La forja de una identidad: La Compañía de Jesús, 1540–1640*. Madrid: Ediciones Polifemo, 2014.
- Lopetegui, León. *El padre José de Acosta, S.I. y las misiones*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942.
- Prieto, Andrés I. *Missionary Scientists: Jesuit Science in Spanish South America, 1568–1810*. Nashville, TN: Vanderbilt University Press, 2011.